

## ESCENA X.

SOLDADOS, que traen al CAMPESINO arrastrando.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Es menester ahorcarlo!

CARABINEROS Y DRAGONES.—¡Al Preboste! ¡Al Preboste!

LA CANTINERA.—¡Que yo lo vea ahorcado antes de una hora!

EL SARGENTO.—Quien mal empieza, mal acaba.

EL PRIMER ARCABUCCERO. (A los demás.)—La desesperación es la causa; se comienza arruinándolos, esto es, se les obliga a robar.

EL TROMPETA.—¿Y qué? ¿y qué? ¡Intercedéis en su favor! ¡Perro! ¡Que el diablo te atormente!

EL PRIMER ARCABUCCERO.—El campesino, como si dijéramos, es también un hombre.

EL PRIMER CAZADOR. (Al Trompeta.)—¡Dejadlos! Son del regimiento de Tiefenbach, sastres y zapateros. Estuvieron en Brieg de guarnición, y conocen bien los usos de la guerra.

## ESCENA XI.

LOS MISMOS.—CORACEROS.

PRIMER CORACERO.—¡Haya paz! ¿Qué sucede con el campesino?

PRIMER CARABINERO.—¡Es un bribón! ¡Hace trampas en el juego!

PRIMER CORACERO.—¿A tí te las ha hecho?

PRIMER CARABINERO.—Sí, y me ha dejado á oscuras.

PRIMER CORACERO.—¿Cómo? ¿Tú eres soldado de Friedlandia, y te rebajas y deshonoras hasta el punto de probar tu suerte con un campesino? ¡Que corra, pues, cuanto pueda!

(El Campesino se escapa: los demás se acercan.)

EL PRIMER CARABINERO.—El hombre es activo, resuelto. Bueno es tratar á tales gentes. ¿Quién es? Bohemio, nó.

LA CANTINERA.—¡Es un valón! ¡Respetáadlo! De los coraceros de Pappenheim.

EL PRIMER DRAGÓN. (Acercándose.)—El joven Piccolomini los manda ahora. Ellos mismos le nombraron su jefe en la batalla de Lützen, cuando Pappenheim sucumbió.

PRIMER CARABINERO.—¿Cómo así?

PRIMER DRAGÓN.—Este regimiento disfruta de ese derecho, por ser siempre el primero en la pelea. Tiene también su justicia aparte, y Fiedlandia le distingue muy particularmente.

PRIMER CORACERO. (Al otro.)—Pero ¿es cierto? ¿Quién lo ha dicho?

SEGUNDO CORACERO.—Lo he oído al mismo Coronel.

PRIMER CORACERO.—¿Cómo diantre? No somos perros suyos.

PRIMER CAZADOR.—¿Qué les sucede? Están llenos de ira.

SEGUNDO CAZADOR.—Señores, ¿es algo que nos interese?

PRIMER CORACERO.—Para nadie es motivo de alegría. (Acércense los soldados.) Quieren llevarnos prestados á los Países Bajos; á los coraceros, cazadores, y cazadores de á caballo, hasta el número de ocho mil hombres.

LA CANTINERA.—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Hemos de viajar de nuevo? ¡Y ayer llegué de Flandes!

EL SEGUNDO CORACERO. (A los dragones.)—Vosotros, del regimiento de Butler, partiréis también.

PRIMER CORACERO.—Y especialmente nosotros los valones.

LA CANTINERA.—¡Dios mío! ¡Y son sin disputa los mejores escuadrones!

PRIMER CORACERO.—Vamos á escoltar al de Milán.

PRIMER CAZADOR.—¿Al Infante? Curioso por demás es esto.

SEGUNDO CAZADOR.—¿Al sacerdote? El diablo anda suelto.

PRIMER CORACERO.—¿Y hemos de abandonar á Friedlandia, que trata al soldado tan caballerosamente, y entrar en campaña con el español, á quien de todo corazón detestamos? ¡No, esto no será! Antes desertaremos.

EL TROMPETA.—¡Los diablos me lleven! ¿Y lo haremos? Hemos vendido nuestra sangre al Emperador, no á ese español de sombrero encarnado.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Fiados sólo en la palabra y el crédito del Duque de Friedlandia, nos hemos comprometido á servir en la caballería. A no ser por Wallenstein, nunca hubiéramos sido de Fernando.

EL PRIMER DRAGON.—¿No es el Duque quien nos ha organizado? Sea la nuestra su fortuna.

EL SARGENTO.—Dejadme que os lo explique. ¡Oidme! A nada conduce tanto hablar. Yo veo aquí más que todos vosotros; algún lazo se prepara.

EL PRIMER CAZADOR.—¡Escuchad la ordenanza! ¡Silencio, pues!

EL SARGENTO.—Antes, primita Justina, llenadme un vaso de aguardiente para el estómago, y en seguida os expondré mi opinión.

LA CANTINERA. (Ofreciéndoselo.)—Tomad, señor sargento. Me llena de miedo. ¡Oh! ningún lazo ocultará esto.

EL SARGENTO.—Sabed, señores, que si conviene discutir primero lo que más nos importa, también, como dice el General, es preciso examinar bien el todo. Nosotros somos soldados del Duque de Friedlandia; el paisano nos aloja y nos prepara la sopa caliente. Ha de uncir á nuestros ca-

rrros de bagaje sus caballos y sus bueyes, siendo vanas sus lamentaciones. Si un cabo, con siete números, se acerca á una aldea, antes de entrar en ella es ya su primera autoridad, y domina y manda á su antojo. ¡El diablo me lleve! Ninguno nos quiere bien; y de mejor grado vérian la cara del demonio que nuestros collares amarillos. ¿Por qué no nos expulsan de su territorio? ¡Mal rayo me parta! Son más numerosos que nosotros, y usan garrotes como nosotros sables. ¿Por qué nos burlamos de ellos? Porque componemos un ejército formidable.

EL PRIMER CAZADOR.—Sí, sí, en el conjunto reside el poder. Bien lo sabia el Duque, cuando hace ocho ó nueve años reunió el gran ejército para el Emperador. Al principio sólo querían oír hablar de doce mil hombres. A éstos, decía, no puedo alimentarlos; pero alistaré sesenta mil, que de seguro no se morirán de necesidad. Y de este modo llegamos á ser soldados de Wallenstein.

EL SARGENTO.—Suponed, por ejemplo, que de los cinco dedos de mi mano derecha, me cortan el meñique. ¿Me habréis quitado uno solo? ¡No, por Satanás, que habría perdido la mano! Sólo sería un tronco mutilado, é inútil para todo. Ahora bien; los ocho mil caballos, que se envían á Flandes, son el dedo meñique del ejército. Si se van, ¿os consolaréis diciendo, que nuestras tropas se han disminuido solo en una quinta parte? Así os sirva la comida de provecho, como es verdad que todo el conjunto ha sufrido daño. Desvanécese el miedo, el respeto, el terror; el labrador comienza á levantar la cabeza, y la Cancillería de Viena da principio á sus boletas de alojamiento y de rancho, y reaparece de nuevo la antigua miseria. Sí; y si esto dura mucho, acabarán por quitarnos nuestro general... La corte no le es propicia, y todo se lo llevará el diablo. ¿Quién nos pagará entonces nuestro sueldo? ¿Quién guardará nuestros contratos? ¿Quién tendrá bastante ener-

gla. quién talento bastante, viveza y fortaleza para mantener unido, y para dirigir este tropel de soldados? Tú, dragón, por ejemplo, habla: ¿cuál es tu patria?

PRIMER DRAGÓN.—Yo soy de la lejána Irlanda.

EL SARGENTO. (A los dos coraceros.)—Tú, lo sé, eres valón; tú, italiano, si el acento no engaña.

PRIMER CORACERO.—¿Quién soy yo? Nunca lo he sabido. Robáronme en mis primeros años.

EL SARGENTO.—Y tú ¿no eres también de aquí cerca?

PRIMER ARCABUCERO.—Yo soy de Buchan, á orillas del lago Feder.

EL SARGENTO.—¿Y tú, vecino?

SEGUNDO ARCABUCERO.—De Suiza.

EL SARGENTO. (Al segundo cazador.)—¿De dónde eres tú, cazador?

EL SEGUNDO CAZADOR.—Mis padres habitan más allá de Weimar.

EL SARGENTO. (Señalando al trompeta.)—Y éste y yo somos de Egra. ¿Y bien! ¿Creera alguno que la nieve y el aire nos han azotado juntos en el Norte y en el Sur? ¿No parecemos todos hechos de igual madera? ¿No estamos unidos contra el enemigo, como si nos pegaran con cola, ó á la vez nos hubieran fundido? ¿No engranamos unos en otros rápidamente, como las ruedas de un molino, á una palabra, á una señal? ¿Quién nos ha pulido y forjado á un tiempo, de suerte que no es posible separarnos? ¿Quién es sino Wallenstein?

EL PRIMER CAZADOR.—Jamás, en todos los días de mi vida, se me ha ocurrido que nos uniera tan estrecho lazo, porque siempre me he dejado llevar de la corriente.

EL PRIMER CORACERO.—A mi juicio, tiene razon el Sargento. De buen grado darían ellos un golpe mortal á la guerra: intentan desarmar á los soldados, para dominar solos sin estorbo. ¡Esto es una conjuración, una trama indigna!

LA CANTINERA.—¿Una conjuración? ¡Dios piadoso! Lo peor será que no me paguen mis deudores.

EL SARGENTO.—¿Quién lo duda? Habrá bancarrota general. Muchos capitanes y generales sostienen á su costa los regimientos, por la consideración que esto les proporciona; y si merman así sus recursos, lo hacen por su propio interés y medro; pero si cae la cabeza y falta el Duque, es segura su ruina.

LA CANTINERA.—¡Ay de mí, que el Salvador me socorra! Mi desastre es inevitable. La mitad del ejército está inscrito en mi libro de crédito. El Conde Isolani, mal pagador, me debe solo todavía doscientos thalers.

EL PRIMER CORACERO.—¿Qué hacemos, camaradas? Nada más que un medio nos queda. Si permanecemos unidos, somos invencibles, porque formamos todos un solo hombre. Que manden y apliquen la ordenanza como quieran; echemos aquí, en Bohemia, hondas raíces, y no cedamos un ápice ni marchemos; que ahora nosotros, los soldados, por nuestra honra, sólo por nuestra honra combatimos.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¿No consentiremos que nos lleven de acá para allá! ¡Que vengan, pues, y lo intenten!

EL PRIMER ARCABUCERO.—Pensad lo que hacéis, señores, que tal es la voluntad y la orden del Emperador.

EL TROMPETA.—Mucho nos importa el Emperador.

EL PRIMER ARCABUCERO.—Que no vuelva yo á oír palabra semejante.

EL TROMPETA.—La verdad es como la digo.

EL PRIMER CAZADOR.—Sí, sí; siempre, siempre se ha dicho que aquí sólo manda el Duque de Friedlandia.

EL SARGENTO.—Y así es, con arreglo al pacto, y á sus cláusulas. Su poder es absoluto, tenedlo entendido; puede hacer la guerra y ajustar la paz; confiscar bienes y haciendas; castigar y perdonar; nombrar oficiales y jefes; en una palabra, goza de todos los honores, en vir-

tud de rescripto de la propia mano del Emperador.

EL PRIMER ARCABUCCERO.—El Duque es poderoso y de gran capacidad; pero con razón ó sin ella, como todos nosotros, servidor de nuestro Soberano.

EL SARGENTO.—Como todos nosotros ¡no! Es príncipe inmediato y libre del Imperio, lo mismo que el de Baviera. ¿No he visto con estos ojos, estando en Brandeis de centinela, que el Emperador en persona le permitió cubrir su cabeza de príncipe?

EL PRIMER ARCABUCCERO.—Esto fué por el Mecklenburgo, que le trasfirió el Emperador en hipoteca.

EL PRIMER CAZADOR. (Al Sargento.)—¿Cómo? ¿En presencia del Emperador? ¡Raro es esto y singular!

EL SARGENTO. (Registrándose los bolsillos.)—Si no vale mi palabra, allá va una prueba irrefragable. (Enseñando una moneda.) Esta imagen y este sello, ¿cúyos son?

LA CANTINERA.—¿A ver? ¡Vaya! es un Wallenstein.

EL SARGENTO.—Ya la tenéis, pues. ¿Queréis más? ¿No es, por tanto, un príncipe como otro cualquiera? ¿No acuña moneda como Fernando? ¿No tiene territorio y vasallos? ¿No se le llama Alteza? Luego puede levantar también tropas.

EL PRIMER ARCABUCCERO.—Nadie lo contradice; pero nosotros estamos al servicio del Emperador, y el Emperador es quien nos paga.

EL TROMPETA.—Falso, y os lo digo sin rebozo. Quien no nos paga es el Emperador. ¿No hace ya cuarenta semanas que no percibimos nuestro estipendio, y que se nos engaña con promesas que no se cumplen?

EL PRIMER ARCABUCCERO.—¡Quita allá! ¡Yo sostengo lo dicho!

EL PRIMER CORACERO.—¡Paz, señores! ¿Queréis acabar á golpes? ¿Hemos de incomodarnos y pelear por si el Emperador es ó no nuestro soberano? Justamente por lo mis-

mo que pertenecemos por nuestra voluntad á la honrosa y digna arma de caballería imperial, no somos rebaño suyo, ni consentiremos que sacerdotes ni cortesanos nos arranquen de aquí y nos lleven por esos mundos de Dios. ¿No convenís vosotros mismos en esto? ¿No redundan en beneficio de nuestro Príncipe tener sus tropas á la mano? ¿Quién más que sus soldados lo han convertido en potentado elevadísimo? ¿A quién debe y por quién conserva su fama ó influencia en toda la cristiandad? ¿Que otros le ayuden á imponer su yugo, participen de sus favores y se sienten con él á la mesa en dorados aposentos! De su brillo y esplendor nosotros nada recibimos sino fatigas y dolores, y, por tanto, sólo nos queda nuestro corazón.

EL SEGUNDO CAZADOR.—Los grandes tiranos y emperadores pensaban así, y eran mucho más discretos. Atormenaban y perjudicaban á todos los demás, pero mimaban siempre á los soldados.

EL PRIMER CORACERO.—Es menester que el soldado se estime en lo que vale. El indigno y de torpe comportamiento, ha de abandonar nuestra profesión. Si yo he de mirar con desprecio la muerte, es porque hay algo para mí más precioso. ¿Me dejaré degollar como un croata... y rebajarme á mí mismo?

Los dos CAZADORES.—¡El honor es preferible á la vida!

EL PRIMER CORACERO.—La espada no es una azada ni un arado. El que quisiera labrar con ella los campos, no sería hombre prudente. Ningún sembrado reverdece para nosotros; ningún grano madura para nosotros; y sin patria, el soldado ha de vivir errante sobre la tierra, sin hogar en donde calentarse, contemplar desde lejos al paso el lujo de las ciudades, siempre peregrinando, y los plácidos y verdes surcos, las vendimias y las siegas. Decidme: ¿cuál es su hacienda y fortuna, si no rinde culto al honor? Algo ha de poseer en el mundo, ó ser incendiario y asesino.

EL PRIMER ARCABUCERO. — Sólo Dios sabe cuán miserable es su vida.

EL PRIMER CORACERO. — Y, sin embargo, no la cambiaría por otra. ¡Oídme! Yo he rodado por el mundo, y de todo he probado un poco. He servido al Rey de España, á la República de Venecia, y al Rey de Nápoles, y la Fortuna me ha negado siempre sus favores. He visto mercaderes y caballeros, artesanos, y jesuitas, y ningún traje me ha llenado tanto como mi coraza de hierro.

EL PRIMER ARCABUCERO. — No, yo no puedo decir lo mismo.

EL PRIMER CORACERO. — Para lograr algo en esta vida, es preciso moverse y darse malos ratos; para alcanzar honores y dignidades, encorvarse bajo dorados fardos; para gozar del hogar doméstico, rodearse de hijos y nietos, y buscar la tranquilidad en un oficio honrado. Yo... yo no siento vocacion para esto. Quiero vivir y morir libre, no robar ni heredar á nadie; y de paso, y desde lejos, mirar debajo de mí esa canalla, montado en mi caballo.

EL PRIMER CAZADOR. — ¡Bravo! Lo mismo pienso yo.

EL PRIMER ARCABUCERO. — Grato es, sin duda, mover la cabeza por encima de los demás.

EL PRIMER CORACERO. — Malos como son estos tiempos, camaradas, la espada no está ya en la balanza; pero por lo mismo nadie podrá acusarme de haberla preferido. Así, yo haré la guerra con humanidad, pero no consentiré que toquen el tambor en mi cuerpo.

EL PRIMER ARCABUCERO. — ¿Quién tiene la culpa de que la clase productora haya caído en descrédito? La guerra deplorabile; la miseria y las calamidades son naturales, después de diez y seis años de ruina.

EL PRIMER CORACERO. — Hermano, no todos alaban lo mismo al Dios misericordioso, que está en los cielos. El uno quiere sol y el otro lo maldice; este pide tiempo seco, aquel agua, y en donde ves tú plagas y desdichas, luce

para mí el claro resplandor de la vida. A la verdad, no negaré que tengo lástima á los habitantes de campos y ciudades, á cuya costa vivimos, pero no está en mi mano alterarlo... Observad que en esto sucede lo mismo justamente que en una carga de caballería. Los caballos galopan formados en escuadrón, y caiga quien caiga en su carrera, así sea mi hermano ó el hijo de mis entrañas, y sus lamentos me desgarran el alma, he de hollarlo sin remedio, y no puedo llevarlo aparte con cariño.

EL PRIMER CAZADOR. — No hay duda, ¿quién puede entonces preguntar por nadie?

EL PRIMER CORACERO. — Y ya que la suerte ha dispuesto que sonría la dicha al soldado, acojámosla con estrechos abrazos, que no será duradera. La paz vendrá en el momento mas impensado; el soldado quitará las bridas á su caballo; el labrador uncirá sus bueyes al arado, y, antes que lo pensemos, volverán los tiempos que pasaron. Juntos estamos aquí ahora, y, como se dice vulgarmente, tenemos la sartén por el mango; pero si consentimos que nos separen, la esta del pan quedará fuera de nuestro alcance.

EL PRIMER CAZADOR. — ¡No, esto no sucederá! ¡Venid y formemos todos un solo hombre!

EL SEGUNDO CAZADOR. — Si, escuchad; pongámonos de acuerdo.

EL PRIMER ARCABUCERO. (A la Cantinera, sacando una bolsa de cuero.) Comadre, ¿cuánto gasto he hecho?

LA CANTINERA. — ¡Ah, vale tan poco! (Cuentan.)

EL TROMPETA. — Bien hacéis en marcharos, porque perturbáis nuestra reunión. (Vanse los arcabuceros.)

EL PRIMER CORACERO. — Lastima me da de esta gente; son buenos compañeros.

EL PRIMER CAZADOR. — Pero ese discurre como un animal.

EL SEGUNDO CAZADOR. — Ya que estamos solos, veamos cómo desbaratamos esta trama.

EL TROMPETA.—¿Cómo? No moviéndonos de aquí.

EL PRIMER CORACERO.—Señores, nada contra la disciplina; que cada uno vaya á buscar los suyos y les hable con moderación, para que sepan lo que hay, y deliberen sobre ello. No vayamos demasiado lejos. Yo respondo de mis valones. Todos piensan como yo.

EL SARGENTO.—Los regimientos de Terzky de á pié y de á caballo son del mismo parecer.

EL SEGUNDO CORACERO. (Adelantándose.)—El lombardo no disiente de los valones.

EL PRIMER CAZADOR.—La libertad es el alma del cazador.

EL SEGUNDO CAZADOR.—La libertad sólo con el poder coexiste. Yo vivo y muero por Wallenstein.

EL PRIMER ARTILLERO.—El de Lorena se deja arrastrar por la corriente adonde haya alegría y buen humor.

EL DRAGÓN.—El irlandés sigue la estrella de la dicha.

EL SEGUNDO ARTILLERO.—El tirolés sólo sirve á su general.

EL PRIMER CORACERO.—Que cada regimiento, pues, ponga en limpio un memorial, diciendo que deseamos permanecer juntos, y que ni la fuerza ni la astucia nos separarán nunca del Duque, el padre del soldado. Se presentará á Piccolomini con el respeto debido, se entienda á Piccolomini el hijo, práctico en este linaje de asuntos, de gran favor con el Duque, y personaje también influyente con el Emperador y la Majestad Real.

EL SEGUNDO CAZADOR.—¡Venid! No decid más. Conven-gamos todos. Piccolomini será nuestro abogado.

EL TROMPETA, EL DRAGÓN, EL PRIMER CAZADOR, EL SEGUNDO CORACERO, Y LOS ARCABUCCEROS. (A la vez.)—¡Sí, Piccolomini será nuestro defensor! (Hacen ademán de irse.)

EL SARGENTO.—¡Un vaso más, compañeros! (Bebe.) ¡A la salud de Piccolomini!

LA CANTINERA. (Trayendo una botella.)—Esta no se apunta. Doila de buen grado. Que el éxito sea completo, señores.

EL CORACERO.—¡Viva la milicia!

AMBOS CAZADORES.—¡Paguen los trabajadores!

EL DRAGÓN Y LOS ARCABUCCEROS.—A la prosperidad de ejército.

EL TROMPETA Y EL SARGENTO.—A su mando por el Duque.

EL SEGUNDO CAZADOR. (Cantando.)—«¡Arriba, compañeros; á caballo, á caballo! Vayamos al campo, en pos de la libertad. En el campo vale el hombre alguna cosa, y su corazón pesa algo también. Nadie lo sustituye, y ¡ha de contar consigo solo.»

(Los soldados, mientras tanto, se adelantan desde el fondo, y forman el coro.)

EL CORO.—«Nadie le sustituye, y ha de contar consigo solo.»

EL DRAGÓN.—«La libertad ha huído de la tierra, y ya no hay en ella sino súbditos y señores. La mentira es la que impera; ya la astucia es la reina de la cobarde raza humana. Sólo el soldado es hombre libre, porque mira á la muerte cara á cara.»

EL CORO.—«Sólo el soldado es hombre libre, porque mira á la muerte cara á cara.»

EL PRIMER CAZADOR.—«Desprecia las penalidades de la vida, porque no teme ni debe. Cabalga veloz al encuentro del destino. Si hoy no lo alcanza, mañana será suyo; y si al cabo ha de ser su víctima, apuremos hoy lentamente los últimos instantes de un tiempo precioso.»

EL CORO.—«Y si al cabo ha de ser su víctima, apuremos hoy lentamente los últimos momentos de un tiempo precioso.»

(Llenen de nuevo los vasos, chocan unos contra otros y beben.)

EL SARGENTO.—«Del cielo viene su ventura, y el trabajar no es su misión. El fjornalero, que busca en el seno de la tierra, espera encontrar un tesoro. Cava y amontona tie-